

Homilía Ceremonia de la Luz

Gen 1, 1-5: Entonces Dios dijo: "Que exista la luz". Y la luz existió. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el primer día

Salmo 27 (26): El Señor es mi luz y mi salvación.

Jn 1,1-14: En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron

"En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron."

Esta noche oficiamos la ceremonia de la luz, la celebración de la entrada de la luz divina en el mundo por el nacimiento de Jesucristo en Belén.

Es muy interesante el hecho de que el autor del evangelio de san Juan utiliza las mismas palabras que el autor de la Génesis: "En el principio Dios creó el cielo y la tierra" y en el evangelio: "En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios".

En la primera lectura hemos escuchado la primera palabra de Dios: Dios dijo: "Que exista la luz". Y la luz existió. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. En el evangelio de san Juan el autor continúa la comparación diciendo: "En la [Palabra] estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron".

Desde la primera página de la Biblia el tema de la luz atraviesa toda la revelación bíblica. La separación de luz y de las tinieblas fue el primer acto del Creador (Gen 1,3), y al final de la historia de la salvación la nueva creación tendrá a Dios mismo por luz (Ap 21,23).

Toda la historia de humanidad, nuestra historia personal y la historia de nuestras familias, se desarrolla como una forma de conflicto en que se enfrentan la luz y las tinieblas, enfrentamiento idéntico al de la vida y de la muerte.

*A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios,
a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació
de Dios.*

Por el don del sacramento del bautismo, que la mayoría de nosotros hemos recibido cuando éramos niños, hemos recibido una participación en la vida de Jesucristo, una participación verdadera en la luz de la victoria de la resurrección sobre la muerte y el pecado. Por el bautismo Dios Padre nos acogió en sus brazos y nos convertimos en hijos queridos del Padre para siempre. Somos hijos queridos del Padre.

En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres,
y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.

Mañana por la mañana vamos a celebrar la primera confesión en esta misma capilla. Con este sacramento sus hijos van a experimentar en primera persona que tanto los poderes de las tinieblas como los del pecado no tienen la última palabra. Las tinieblas no la vencieron. El sacramento de la reconciliación es una fiesta de luz y de misericordia.

Una de las cosas que me llamó más la atención durante estos meses de preparación fue el taller sobre la confesión en el retiro en Chía. Con el fin de explicarse este sacramento, les leí a sus hijos la Parábola del Hijo prodigo que narra la historia de los dos hijos. Uno de ellos, el menor, decide pedirle la herencia a su padre y se va de la casa malgastándolo todo. Utilicé un balde de barro para simbolizar la experiencia del pecado. Casi todos sus hijos tenían gana de meter las manos allí. Al lado había un balde de agua donde sus hijos podían lavarse el barro. Este cubo simbolizaba el sacramento de la confesión, la experiencia de ser limpiados y purificados de todos nuestros pecados. Y cerca del balde de agua había una canasta llena de caramelos que representaba la fiesta después de la confesión. Como en la historia del hijo prodigo cuando el padre ordenó matar la ternera engordada para celebrar el retorno del hijo que se alejó de la casa.

Se me quedó grabada en la memoria la alegría que expresaban los rostros de sus hijos, y el hecho de que casi la mitad tenía gana de poner las manos de nuevo en el barro. Les expliqué que el sacramento de la confesión se puede repetir todas las veces que lo necesitamos.

El Señor es mi luz y mi salvación.

*Una sola cosa he pedido al Señor, y esto es lo que quiero:
es habitar en la Casa del Señor todos los días de mi vida, para gozar de la dulzura del Señor y
cuidar de su Templo.*

Con estas palabras, el salmista resume el deseo más profundo de nuestros corazones: “una sola cosa he pedido al Señor, y esto es lo que quiere: habitar en la Casa del Señor todos los días de mi vida, para gozar de la dulzura del Señor y cuidar de su Templo”.

En la casa del Señor tenemos la certeza de ser amados, de tener un Padre que nos quiere, que nos ama, que nos levanta cuando caemos y nos lanza a la aventura que es la vida.

La celebración de la primera comunión que vamos a celebrar juntos domingo es la cumbre de la cercanía y presencia de Dios en nuestras vidas. Dios quiere habitar en nuestras casas, quiere ser la luz que nos guíe en el camino hacia la felicidad, y quiere resplandecer a través nuestra amistad y comunión. Pidamos a Dios la gracia que sus hijos puedan recibir este don infinito del Amor de Dios con corazones agradecidos.

Amen.